

gica, y a través también de su recuperación institucional y empresarial, a la apropiación arrasadora (y no ya respetuosa) de ese espacio por parte de la sociedad urbana madrileña (o, al menos, de la escasamente culta).

Una pregunta polar para una obra igualmente polar, felizmente atrapada, como más arriba se señalaba, entre el paisaje y su representación, entre la naturaleza y la cultura, entre la realidad y el deseo, entre aquel «determinado punto de claridad y determinado caudal de emoción» que Schiller señalase como atributo inequívoco de la estética clásica. Gracias a ella, a esta obra, el fantasma del Guadarrama se nos hace más cercano, y sus cumbres más hondas.— JOSÉ SIERRA ÁLVAREZ

*Viaje a los Baños. Panticosa, un viejo enclave urbano en el alto Pirineo**

Por fin se ha publicado el libro de Octavio Monserrat sobre el Balneario de Panticosa, procedente de su tesis (dirigida por Francisco Quirós y leída en la Universidad de Oviedo), siete años después de tal lectura. Una sólida tesis, un libro lleno de interés, pero con un retraso de los editores que nos ha privado todo ese tiempo de su disfrute.

Se incluye, en principio, el contenido de esta obra en un sentido que radica no sólo en la historia del termalismo español, sino también de modo particular en el del otro lado del Pirineo.

1. «LA PLUS BELLE, LA PLUS MAGNIFIQUE HORREUR» (1788)¹

Eugène Trutat dedicaba significativamente un largo apartado de su libro enciclopédico *Les Pyrénées*, publicado en 1896², a las aguas termales y minerales del lado francés de esta cordillera. Al escribir en 1928 sobre la celebridad del valle de Cauterets y el origen del «pirineísmo», cuyo detalle se puede seguir en la obra de

Henri Beraldi, Alphonse Meillon señalaba³, como una clave de ambos despegues, la boga decimonónica en el Pirineo francés de las curas termales, con tradición especialmente desde el siglo XVII. Pero incluso recordaba las estancias de Margarita de Navarra en estas montañas entre 1541 y 1549 para tomar baños, donde ya acudían gentes «tanto de Francia como de España», algunos célebres (es el caso de Rabelais o Montaigne), como un claro precedente de tal moda. En esta línea, Marguerite Gaston⁴ se refería también más tarde a la «*vogue des Pyrénées*», el viaje cuyo pretexto era una estancia en un balneario de buen tono, coincidente con cierto estilo social de la Restauración. Lasserre-Vergne⁵ recoge la dedicatoria del *Tableau* de los Pirineos de M. Arbanère (1828) a los «*paysagistes*», «*savants*», «*coureurs de montagnes*» y «*malades*»; quienes acuden al Pirineo son conscientes de ir a una «*terre de guérison*».

En su estudio sobre el romanticismo en el Pirineo francés, Jean Fourcassié⁶ llega a decir que el viaje a las estaciones termales de esta montaña entraba obligatoriamente en el código de las obligaciones mundanas del hombre del XIX. Cita al Conde de Viel-Castel, que en 1835 calificaba al Pirineo como el lugar de visita necesaria para todo francés (como la Meca para los musulmanes, añade) y, entre otros datos significativos, recuerda la estancia en Cauterets en 1825 (centro social y paisaje pintoresco) de George Sand, viaje que pasará con intensidad a su obra, con ciertos toques rápidos incluso de los próximos parajes españoles, referencias inmediatas y básicas desde Gavarnie o Marcadau (Bujaruelo y Panticosa) y Luchon:

«me asociaba a los guías que conducían a los naturalistas a la Brecha de Roldán, al Monte Perdido, a los circos de Marboré y de Troumouse, a los Montes Malditos».

En síntesis: «*une peur de vertige et qui n'était pas sans charme*».

No son, pues, azarosos tampoco viajes como los de Maine de Biran (antes de 1820), Chateaubriand (1829), Viollet-le-Duc (1833), Tocqueville (1836), Baudelaire (1838), Flaubert (1840), Lamartine (1840), Victor Hugo (1843), Delacroix (1845) o el de V. Petit con E. Reclus

* MONSERRAT ZAPATER, Octavio (1998): *El Balneario de Panticosa (1826-1936). Historia de un espacio de salud y ocio en el Pirineo aragonés*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 404 págs.

¹ SAINT-AMANS, F. B. de: *Fragments d'un voyage sentimental et pittoresque dans les Pyrénées...* Pau, A.L.P., ed. de 1979.

² TRUTAT, E.: *Les Pyrénées. Les montagnes, les glaciers, les eaux minérales, les phénomènes de l'atmosphère, la flore, la faune et l'homme*, Paris, Baillière, 1896.

³ MEILLON, A.: *Excursions autour du Vignemale...* Toulouse, Sirius, ed. de 1987.

⁴ GASTON, M.: «La vogue des Pyrénées», en VV.AA.: *Les Pyrénées*, Toulouse, Privat, 1974.

⁵ LASSERRE-VERGNE, A.: *Les Pyrénées centrales dans la littérature française entre 1820 et 1870*, Toulouse, Eché, 1985.

⁶ FOURCASSIÉ, J.: *Le romantisme et les Pyrénées*, Toulouse, ESPER, ed. 1990.

(1861). Las consecuencias culturales acabarán en la creación de una imagen superpuesta indisolublemente al paisaje material, sin ella desnudo, del Pirineo, cuya historia de fondo se ha contado en un reciente libro de Serge Briffaud⁷. La cordillera es también una montaña de libros.

El paisaje cambia como la literatura, decía H. Taine. Dentro de esa moda, jalonada por escritos médicos, por guías de las aguas, favorecida por facilidades en las comunicaciones y en las instalaciones, es particularmente expresivo el relato del viaje termalista de este autor, escrito en 1858⁸, a Cauterets, Bagnères de Bigorre y de Luchon, Eaux-Chaudes, Eaux-Bonnes, entre otros afamados lugares pirenaicos, con su estupenda galería de tipos y situaciones (recomiendo el rápido encuentro con el botánico) y las ilustraciones evocadoras, fantásticas o divertidas de Gustave Doré, sin las cuales no es el mismo libro (como ocurre en la edición española en la colección *Austral*⁹). Nunca se describió tan agudamente «un campo menos campestre». Un reflejo concreto de tal contradicción es el famoso «Paseo horizontal» de Eaux-Bonnes, cuya construcción se conmemora aún en una placa, producto de la rebelión real de la poco atlética sociedad termal contra la misma montaña.

«Mi vecino —escribe Taine— dice que esto es bello, el libro tiene la misma opinión. He pagado por subir, debo estar emocionado. Por lo tanto, lo estoy».

Entretanto, para los montañeses, «el forastero es un botín que todos los años da su fruto».

2. «CASERNES DISGRACIEUSES SANS ETRE COMMODES» (1888)¹⁰

La imagen inicial desde Francia de Panticosa es diversa. Así, en el *Itinéraire général de la France* de A. Joanne de 1862¹¹ se describen, en una excursión recomendada desde Cauterets, los «Bains de Panti Cosa» como «quelques maisons groupées çà et là sur les bords d'un petit lac», pero E. Wallon¹², que alcanza el balnea-

rio desde Marcadau en 1875, habla de hoteles «assez élégants» y de «graves hidalgos», nobles alejados «du théâtre de la guerre civile». Cuando en 1882 Franz Schrader¹³ llega desde Biescas a los Baños de Panticosa comenta que lo único que le falta a este lugar para ser una estación célebre es un buen camino. Tiene todo lo demás: paisaje, hoteles, sociedad. Pero la clave de las comunicaciones es descrita así:

«dos veces al día se produce un alboroto espantoso hacia la brecha por donde se escapa el lago hacia la garganta de El Escalar y la llanura. Gritos, cascabeles, golpes de látigo, pisoteos: es la diligencia azul, amarilla y roja que llega en su nube de polvo, gloriosamente arrastrada al galope por su tiro de diez mulas. Redoblan los gritos y golpes, las mulas sacan chispas bajo sus cuarenta cascos... Dos veces al día, el espectáculo es idéntico en sentido inverso: parte el coche lanzado bruscamente como una bala de cañón, tan bruscamente, que el postillón, posando su pie izquierdo en el estribo, es lanzado lejos antes de poder caer de nuevo en su asiento. En veinte segundos, el coche desaparece con su nube blanca en el recodo de la carretera».

El acento en el prejuicio de lo pintoresco, de larga literatura en la línea de la España Negra, está intensificado en R. de Bouillé, quien, en 1888¹⁴, con tendencia a la caricatura, ofrece una imagen tétrica de los españoles, pueblo de contrabandistas y bandoleros (como mucho de pastores, pero no de pirineístas, exclusiva francesa) apostado tras la frontera: «Panticosa, escribe, *est ravissant autant que désolant*». Junto a una alabanza a los establecimientos termales, el tuétano del relato busca mostrar la falta de higiene y de comodidad, la voracidad de sus chinches y unos equívocos ruidos de capas, sombreros, pasos furtivos, los malos caminos y la presencia de personajes sospechosos en las soledades de la montaña, que su imaginación inmediatamente transforma en insolentes y siniestros bandidos. De tal modo, que la incursión en España de este viajero fue de susto en susto hasta que, finalmente, ya en la frontera

«la France nous sourit à travers la rosée comme une mère qui vous embrasse après avoir pleuré».

3. UN NEGOCIO EN LA MONTAÑA (1826-1936)

En tal marco y en el paralelo de la larga historia de los balnearios españoles, que nuestros historiadores y geógrafos van reconstruyendo pieza a pieza, este libro de Monserrat sobre Panticosa constituye una interesantí-

⁷ BRIFFAUD, S.: *Naissance d'un paysage. La montagne pyrénéenne à la croisée des regards. XVI^e-XIX^e siècle*, Toulouse, Univ. Toulouse, 1994. Una síntesis de marco más alpino de la imagen artística de la montaña, en LEMOINE, S. (ed.): *Le sentiment de la montagne*, Grenoble, Glénat, 1998.

⁸ TAINÉ, H.: *Voyage aux Pyrénées*, Genève, Slatkine, ed. de 1979.

⁹ TAINÉ, H.: *Viaje a los Pirineos*, Madrid, Espasa-Calpe, eds. de 1944 y 1963, n^o de Austral 448.

¹⁰ BOUILLÉ, C. R. de: *Pyrénées. Album du Guide JAM*, Ed. de Toulouse, ES- PER, 1989.

¹¹ JOANNE, A.: *Itinéraire des Pyrénées*, Paris, Hachette, 1862.

¹² WALLON, E.: «Les montagnes espagnoles de Panticosa, de Sallent et de Canfranc (Aragón)», *Ann. C. Alp. Français*, 1875.

¹³ SCHRADER, FRANZ: «Panticosa et le pic d'Algas», *Ann. C. Alp. Français*, 1882.

¹⁴ BOUILLÉ, R. de: «Quelques lacs des Pyrénées. Chasse et pêche», *Ann. C. Alp. Français*, 1888.

sima aportación, tanto por el interés del lugar como por la calidad intelectual con que está realizado. Es decir, por su rigor, lucidez y, por supuesto, sensibilidad. Con ello, una vez más también nosotros tenemos ocasionales «pirineístas», en su sentido no sólo excursionista, sino de intérpretes de la montaña. Se podría señalar, como ejemplo de precedentes en esta línea de afán por el trabajo bien hecho, la seriedad del estilo de la vieja *Memoria* de Gurucharri¹⁵. Aunque esta actividad, más bien pragmática y algo escondida en el campo de la cultura, no es indicadora realmente de una tradición pirineísta propia, no obstante, los 70 tipos de fondos, los 64 manuscritos y memorias y buena parte de los 396 títulos consultados por Monserrat parecen permitir, al menos en el ámbito termalista, posibles rescates de una modalidad de esa corriente.

En síntesis, los datos claves del libro son los siguientes. Son las conocidas condiciones litotectónicas de la cubeta de sobreexcavación glaciar del Plandibón o Plandigón las que dan lugar a los manantiales termales. Si bien el inicio del uso de tales fuentes procede, como es sabido, de época romana (en tiempos de Augusto y de Tiberio), como las termas de Bagnères de Bigorre y de Luchon, su desarrollo real no llega hasta el siglo XIX, como el del resto del turismo y el auge de la toma de aguas, con las formalizaciones de instituciones médicas propias de 1816 y 1877 y de los reglamentos de 1817 y 1874, que, en el Pirineo aragonés se concretarán en este negocio y la consiguiente urbanización internada en la montaña. Aunque hay larga discontinuidad histórica en los datos de tal uso, no parece abandonado desde el siglo XVII y los análisis de las aguas efectuados en el XVIII reafirman el interés que éstas suscitaban. Se trata, pues, de una utilización tan persistente como la francesa, en lo que coincide también su auge en el cambio al siglo XIX.

En este proceso, en 1826 Fernando VII concedía la explotación de los Baños al propietario residente en Búbal Nicolás Guallart, lo que ocasionó el cambio fundamental en la historia del balneario, para empezar el de su propiedad, que consolidó Guallart en diversas concordias, especialmente en 1838. Los comienzos del negocio en momentos de la guerra carlista no fueron, sin embargo, fáciles, aunque hacia 1850 el incremento de la moda balnearia lo vuelve rentable. Hay que tener en cuenta que, además, el itinerario al balneario desde Za-

ragoza se hacía aún en 1830 en buena parte por camino de herradura; en 1840 se estableció servicio de diligencia hasta Huesca y en el 50 se implantaron servicios regulares al balneario que combinaban el coche con la caballería (a lomos de esta última durante unos 130 km). La carretera se inició en 1853 y se concluyó en 1862, año en el que llegó a los Baños la primera diligencia. Tras levantar físicamente la estructura del balneario, con más de 200 camas, en 1854 Guallart se une a varios socios de la burguesía aragonesa y se crea una sociedad comanditaria, a cuya buena marcha —700 camas en 1870, 900 en 1880— ayuda el avance del ferrocarril hasta Huesca en 1864 y a Sabiñánigo en 1893. En 1899 la sociedad, tras multiplicar por 7,5 el valor de su patrimonio y montar un conjunto de 31 edificios, se transforma en APSA (Aguas de Panticosa, S.A.).

Se inicia entonces lo que Monserrat denomina «la modernización de la estructura empresarial» y «un negocio destacado del capitalismo aragonés» entre 1900 y 1914. En efecto, los accionistas de este buen negocio pertenecen a la banca, a la industria (azucarera, harinera y eléctrica), a la política, a la función pública y profesionales liberales y, en un caso que se cita, también a la aristocracia. Además, en 1905 llegó el primer automóvil al balneario.

Pero el internamiento en la montaña, clave en parte del éxito, obligará a contar con sus vigorosas condiciones naturales: en 1915 y 1917 las destrucciones provocadas por fuertes aludes invernales supondrán un quebranto económico efectivo a la empresa. APSA busca entonces rentabilidad —mientras decide arrendar el balneario a una sociedad mercantil— en otro asalto a la montaña: la explotación de saltos de agua. Encarga nada menos que a Lorenzo Pardo esta misión, pero, para evitarlo, un fuerte competidor, EIASA (Energía e Industrias Aragonesas S.A.) adquiere en 1919 acciones suficientes de APSA y se desentiende del balneario, que prosigue en arrendamiento hasta 1928, con evidentes huellas de descuido material.

En 1929 el Banco Urquijo pasa a controlar APSA a través de EIASA y recupera la gestión de los Baños durante los siguientes cincuenta años. Se establece en principio un plan de mejoras (electrificación, saneamiento, personal fijo, reformas), pero la clientela se reduce, los ingresos caen, los gastos crecen; después, la guerra civil, la postguerra y otras crisis contribuyen a la merma del negocio, que en 1979 cierra temporalmente. El *Heraldo de Aragón* del 8 de febrero de ese año dedicaba una página al cierre del balneario y a las pérdidas que lo habían determinado. En un suplemento de *El*

¹⁵ GURUCHARRI Y ECHAURI, J. Eduardo: *Memoria de las aguas minerales de Panticosa*, Madrid, Imp. Asilo de Huérfanos, 1903.

Día del 6 de junio de 1982, un reportaje con una foto de Alcalá Zamora en Panticosa, indicadora de la categoría tradicional de sus visitantes, un nuevo titular señalaba: «La vida vuelve a los antiguos decorados. El Balneario de Panticosa cumple cuatro años de soledad». En esas fechas incluso interviene el Ayuntamiento de Zaragoza en APSA y en 1994 lo hacen la Diputación General de Aragón y el Ayuntamiento de Panticosa, con la intención de revitalizar el envejecido espacio de ocio y salud, cuyo mayor encanto, aparte de la montaña formidable que lo alberga, es precisamente tal soledad. El peculiar paisaje balneario sigue ahí, con adaptaciones a los tiempos, pero la quiebra del viejo negocio, como en Eaux-Bonnes o en Eaux-Chaudes, es una condición evidente.

4. «LA TRISTEZA ERRANTE» (1933)¹⁶

Éste es el título de una curiosa novela con el escenario del Balneario de Panticosa y con protagonistas entre sus clientes, cuyo dibujo de portada animaba como personaje central a la figura de la dama de atuendo urbano, presente en el cartel tradicional de los Baños, que aparece reproducido en la cubierta del libro de O. Monserrat. Uno de los personajes comenta: «¿Panticosa es un balneario a la europea o un falansterio de comadres y chismosos?».

Monserrat estima que en 1901 los concurrentes a los balnearios españoles eran 84.268, de los que 72.611 pertenecían a clases acomodadas o de pago y en el año 1930, 75.510, de los que 70.466 pertenecían a dicha clase. La clientela del balneario de Panticosa era lógicamente sólo veraniega: aumentó, con algunos altibajos, desde inicios del siglo pasado (unas 500 personas por temporada) a más de 1.000 en 1853, más de 2.000 en 1863 (entonces acudían a Cauterets 15.000 bañistas), cerca de 3.000 en 1893. A principios de nuestro siglo experimenta este proceso un estancamiento alrededor de las 2.000 personas, que baja a las 1.300 hacia 1930. La clientela inicial era predominantemente aragonesa y rural —con algún noble, clérigo y acomodado de ciudad—, pero hacia 1840 la procedencia madrileña empieza a pesar llamativamente con gente de posición: milicia, clero, aristocracia, política, criados. Ciertamente, también algún pobre, si bien en 1841 el 90% de los clientes eran «ricos» y «acomodados». Entre los visitantes destacados de la segunda mitad del XIX aparecen

apellidos como Martínez Campos, Primo de Rivera o Nocedal, varios obispos y aristócratas (hasta una media de 15 títulos por temporada ya entrado el xx), propietarios, comerciantes y algo del mundo cultural, estancias del pintor Rosales o Ramón y Cajal, más tarde de Azorín, Ortega, pero sin formar un fondo propio pirineísta similar al francés. Por los años veinte se reduce de nuevo el radio de atracción hacia Zaragoza. A lo largo de la época tradicional, con frecuencia eran clientes de estancias largas, que repetían fielmente sus temporadas, en su mayoría del sexo masculino y relativamente jóvenes, variando hacia 1920 el tipo de usuario, del bañista al veraneante.

Junto a la vida del agüista propiamente dicho, dentro de la recia montaña, el balneario de Panticosa constituyó un evidente foco de vida social, un comfortable lugar de ocio con buena mesa, suave temperatura, calma, paseos, esgrima, tiro, tenis, salones, distracciones —orquesta, prestidigitadores, teatro—, pabellones, cascadas, lago, jardines y casino. ¿Montañismo?: no cabría mejor entorno, pero realmente, hasta hace poco, nada significativo¹⁷. Todo ello, pues, hacia dentro, en una grata arquitectura balnearia decimonónica (esencialmente 1827-1906) que forma un núcleo urbano con espacios diversificados y complementarios, aislado, casi sumido en un rellano en el paisaje granítico, como un pequeño universo en el «desierto». El detalle, lleno de sugerencias, de la historia constructiva y de los caracteres de edificios queda, claro está, como la mejor sustancia de esta obra, para el lector del libro de Monserrat.

La supervivencia de este paisaje artificial en el corazón de la montaña parece sometida a la siguiente conclusión del autor:

«es preciso adaptar la práctica termal a las necesidades de las poblaciones de hoy en día, que disfrutan de un tiempo libre mayor y de una cierta seguridad social y que reclaman un termalismo concebido como un turismo de salud que preste mayor atención a la prevención, al contacto con la naturaleza, a la puesta en forma, al descanso, a las actividades paratermales».

Una estación de reposo abierta sin agresiones a un paisaje natural que puede ser más que un telón de fondo.— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

¹⁶ RETANA, Wenceslao E.: *La Tristeza Errante*, Barcelona, Sopena, 1933.

¹⁷ En la colección de fotografías de época editada por F. Biarge hay una, no obstante, de un grupo de viajeros del balneario en la cumbre del Pico del Infierno en 1910, lo que indica que, más o menos ocasionalmente, se ejercitaba el montañismo desde los Baños, pero tampoco en este aspecto clave radicaban en ellos las características ni las dimensiones del pirineísmo del lado francés. BIARGE, F. (Coord.): *Balneario de Panticosa. (La época dorada). Fotografías 1885-1950*, Huesca, Diputación de Huesca, 1998.